

—Mejor; yo la adoro. Es la expresión viva y momentánea de las impresiones del alma. Cuando me encuentro sola y sufro ó estoy alegre, y mi pesadumbre ó mi gozo son demasiado íntimos para confiarlos á una amiga que haría burla de ellos, me siento al piano y con los dedos le comunico los más hondos secretos de mi corazón. ¡Ah! no hay emoción que este instrumento no comprenda; eco fiel y armonioso, traduce mis pensamientos todos, y al cabo de un cuarto de hora de estar sentada á él me siento consolada. Mi piano es mi mejor amigo, Mauricio.

Entonces y después de haber paseado los dedos por el teclado como para apartar del canto las nubes de la imaginación, entonó el aria de Romeo, *Ombra adorata*, y el recitado que le precede, con acento tan verdadero y tan seductivo, que hubiera causado envidia á Duprez y á la Malibrán.

Mauricio escuchaba en medio de religioso arrobó; todas las fibras de su alma, puestas en conmoción por aquella voz pura y sonora, resonaban vibradas por los dedos de Fernanda. Así es que cuando ésta hubo terminado, en vez de dirigirla un elogio de cajón, la dijo:

—Fernanda, déjeme que bese su voz.

Y mientras la joven, echada sobre el respaldo de su silla, entonaba las más melodiosas notas del aria que acababa de cantar, Mauricio aspiró con sus labios el soplo armonioso que de los labios de aquella se escapaba.

—¡Cuán hermosa está V. así! dijo Mauricio, ¡y cómo se reflejan en su semblante las impresiones todas de su alma!

—¡Ah! ¿á quién no conmovería esta música? exclamó Fernanda. ¿Quién no la siente vibrar hasta lo más íntimo del corazón?

—Es verdad; pero esta es la primera vez que oigo cantarla por modo tan sublime. ¿Dónde ha pasado V. la juventud, Fernanda, y quién le ha dado á V. esta admirable educación que hasta lo presente no he hallado en mujer alguna?

Por la frente de la joven pasó una nube de tristeza.

—La desventura y la soledad, respondió Fernanda,

han sido mis dos grandes maestros; pero por favor se lo ruego á V., Mauricio, no me hable de lo pasado. No entenebrezcamos este día, pues es el más dichoso de mi vida, y quiero conservar su recuerdo libre de toda tristeza. Ahora sígame V., continuó la joven con expresión de amor infinito, todavía tengo algo que mostrarle.

—¿Una nueva sorpresa? preguntó Mauricio.

—Sí, respondió la joven sonriendo.

Y echando á correr, con el rostro cubierto de pudor virginal, se encaminó á un ángulo del salón, y oprimiendo con los dedos un resorte invisible, se abrió una puerta. La cual daba á un encantador retrete tapizado de muselina blanca, como blancas eran las cortinas que cubrían la ventana y las que envolvían la cama, dando á este aposento un aspecto de tranquilidad virginal que proporcionaba grato descanso á la mirada y á la imaginación.

—¡Oh! repuso Mauricio devorando á Fernanda con sus hermosos y negros ojos, ¿adónde me conduce V.?

—Adonde nunca ha entrado hombre alguno, Mauricio, pues este retrete le hice arreglar únicamente para aquel á quien yo amara. Entre V.

Mauricio franqueó el umbral del blanco aposento, y tras los jóvenes se cerró la puerta.

VIII

Antes de la intimidad que acababa de establecerse entre Fernanda y Mauricio, ambos habían ignorado la vida del corazón, única que da fuerza y duración á las pasiones; pero á la primera revelación de semejante existencia, Mauricio vió desvanecerse todas las ilusiones de su vida conyugal. Clotilde era guapa, y aun hermosa, más tal vez que no lo era Fernanda, pero su hermosura asumía esa impasibilidad que no se anima nunca con el destello del entusiasmo, ni con las lágrimas de la conmiseración. La dicha de que Mauricio disfrutaba

al lado de Clotilde era una dicha sosegada, uniforme, negativa; consistía más en la ausencia del pesar que no en la presencia de la alegría. La sonrisa de Clotilde era hechicera; pero siempre se sonreía del mismo modo, mañana y tarde, cuando se despedía de Mauricio al marcharse éste y al saludarle cuando regresaba. En una palabra, Clotilde se parecía á una de esas hermosas flores artificiales como se ven en los obradores de Battón y de Nattier, siempre frescas y hermosas, pero en la eterna lozania y belleza de las cuales hay algo de inanimado que delata la ausencia de la vida.

Mauricio, que casara con Clotilde cuando ésta no tenía sino diez y seis años, se había dicho: "Es una niña"; niña que á los tres años se convirtió en mujer sin que en ella se desarrollaran otros dones que los de su impasible hermosura. De ahí que Mauricio siempre hubiese amado á Clotilde como se ama á una hermana. Así pues á los ojos del joven todo aquel edificio de venturosa calma, simulara la dicha. La fidelidad guardada á su esposa le había valido lo que en el mundo se apellida consideración, y el reposo y la vanidad mantenido en el estado que tan cerca está del tedio como de la felicidad; pero tan buen punto encontrara á Fernanda, esto es, á la mujer conforme á sus simpatías, al corazón según el suyo, al alma gemela de su alma, no le preocupó el escalón social en que diera con ella, sino que tomándola en brazos la había levantado hasta las regiones más elevadas de su amor. Desde entonces las emociones, los ímpetus del corazón, los raptos de una existencia nueva, respondieron á las adormecidas necesidades de su organización, á las leyes secretas de su poética y vehemente naturaleza. Todo desapareció en lo pasado, pues éste estaba exento de emociones; y quien quiera ha atravesado el mar olvida los días de calma para recordar solamente un día de tormenta. Para él no existía, pues, la felicidad sino en las miradas de Fernanda; ni el lujo conservaba importancia alguna más que por el exquisito gusto con que ésta lo embellecía todo; ni las artes hallaban en él más resonancia que la que por ella le llegaba; en una palabra, su vida misma, tan rebotante

ahora, se le hacía insoportable tan pronto dejaba de consagrarla á Fernanda.

Para la joven acababa también de iniciarse una existencia más en consonancia con sus deseos y con sus inclinaciones. La santidad de un amor verdadero parecía como que la purificase, y borraba su pasado, y devolviese á su alma su candor natural. Fernanda apartaba de sí todos los recuerdos de lo pasado para no manchar un porvenir cuyas promesas la arrullaban blandamente. No parecía sino que por un esfuerzo de voluntad, retrocedía á su infancia para disponer esta vez los acontecimientos de su nueva existencia según las exigencias de ella; y esta fuerza de voluntad, á cuyo influjo todo tomaba otro aspecto, al par que aumentaba los hechizos de su hermosura, comunicaba más energía á su espíritu. La dicha de su alma radiaba en torno de ella con el brillo de un ardiente foco.

Tal consonancia de simpatía acrecentaba rápidamente un amor cuya profunda impresión uno y otro sentían por primera vez. No se pasaba día sin que á sus pláticas se añadiese un nuevo hechizo, ó la dicha de su intimidad no se acrecentase con nuevos atractivos. A medida que iban conociéndose, más estrechamente unidos se sentían. Los dos, en la edad venturosa de la vida en que el tiempo todavía acrecienta las gracias físicas, veían en su misterioso amor tantas contingencias propicias de felicidad, que para ellos el manantial de ésta no podía agotarse. En Fernanda, el alma casi siempre dominaba los sentidos y excluía el culto al yo que tan presto da en tierra con el sentimiento y de tal suerte relaja los lazos de ciertas amistades. El amor, este fuego que sólo brilla á expensas de su duración, estaba tan castamente resguardado al amparo de los recursos del corazón y del espíritu, que á Fernanda y á Mauricio les parecía no deber extinguirse sino con su existencia. El tiempo se deslizaba con rapidez, y con todo la elegante joven no se presentaba en paseo ni en teatro alguno. Los más hermosos días de invierno, con tanto afán aprovechados por grandes y chicos, transcurrían sin que el coche de Fernanda comparciese en los Campos Eliseos ni el

bosque de Boloña, y en la Ópera y en los Bufos se daban las representaciones más llamativas sin que las miradas de los espectadores la viesan en su palco rodeada de sus cortesanos. Había la joven distribuido las horas por modo tal y tan acabado, que no le quedaba un instante para dedicarlo á los indiferentes y á los adulesores de otro tiempo. Desde que Mauricio entrara en su morada, nadie más había sido admitido en ella, ni persona alguna participado de su trato, ni las miradas indiscretas podido penetrar el secreto de su conducta. En su embriaguez. Fernanda dejaba que el prójimo se admirase y murmurase.

—¡Dios mío! ¡cuán dichosa soy! decía con frecuencia la joven, dejando caer su graciosa cabeza en el hombro de Mauricio y hablando con los ojos entornados y la boca entreabierta. El cielo se ha apiadado de mis penas, mi querido amigo, pues me ha enviado este ángel, que ha venido demasiado tarde para que fuese el guardián de mi pasado, pero que será el salvador de mi porvenir. Hoy y para siempre le debo á V. mi reposo, Mauricio; porque quien es feliz no puede menos de ser virtuoso. ¡Ah! créalo V., el juez divino será severo para con aquellos que no habrán sabido emplear las riquezas que él depositara en su alma, y que pudiendo procurarse la dicha de que nosotros gozamos, la han menospreciado. La dicha, Mauricio, es una piedra de toque en la cual se ponen á prueba todos nuestros sentimientos, y en la que no dejan la misma señal las buenas y las malas cualidades. La dicha que de V. me viene, me eleva hasta tal extremo, que en lo presente me siento orgullosa de existir, siendo así que en ocasiones me he avergonzado de la vida. En efecto, el mundo ahora se reduce para mí á nosotros dos; para mí el universo se concentra en este aposentito, paraíso que V. ha animado, edén en el que nadie ha penetrado antes que V. y en el que después de V. no entrará nadie más, pues en su umbral vela el ángel de nuestros amores. Espero en V. como en Dios, creo en su amor como en la vida que me anima. No diré que piense en V. en este ó en aquel instante; nó, porque su amor está en mí; nó, porque en

esto me pasa lo que con la sangre que me hace latir el corazón, que no pienso en ella y sin embargo me da la vida. Estoy tan segura de que V. me ama, Mauricio, que respecto del particular nunca la más leve duda ha turbado mi tranquilidad. Con la imaginación paréceme que asisto á todas las acciones de su vida, amigo mío; penetro con V. en el interior de su familia, veo á su madre, á quien amo por haberle dado á V. la existencia; á quien respeto por el nombre que lleva, y ante quien me inclino para participar de una parte de las bendiciones de que le colma á V. ¡Qué dichoso es V., Mauricio! Mire V. hasta dónde llega mi locura: se me antoja que en las atenciones de que V. la rodea y en el amor que siente por ella, yo entro por mitad. En imaginación me escondo en uno de los rincones del salón de ustedes, cual pobre niña á quien hubiesen impuesto penitencia, que puede verlo y oirlo todo, pero á quien está prohibido hablar. ¡Oh! no sólo vivo para V., Mauricio, sino por V., lo conozco, lo siento.

Por su parte, Mauricio no comprendía la vida sino para consagrarla á Fernanda. Así es que, colocado entre Clotilde, á quien ocultaba á su querida, y ésta, á quien ocultaba á la sociedad, era dichoso y desgraciado á la vez; desgraciado, por tener que fingir delante de Clotilde un amor que no podía sustentar, ante Fernanda por tener que simular una libertad de que carecía, y á los ojos de la sociedad por verse obligado á mostrar una tranquilidad que perdiera.

Efectivamente, aunque entre los dos amantes reinaba una confianza ilimitada, en sus confidencias ambos habían guardado ciertas restricciones, por otra parte indispensables á su dicha; lo que á su entender no era engañar, sino amar con discernimiento. Entre la ilusión y la verdad, siempre la conciencia entra en capitulaciones, en esas transacciones tácitas y condescendientes que únicamente las relaciones ocultas hacen posible. De ahí que Fernanda, con la franqueza que le era permitida, no hubiese consentido en hablar de su pasado á Mauricio, pues en éste había actos de que debía sonrojarse, y de ahí también que Mauricio hubiese tomado las más

minuciosas precauciones para ocultar á Fernanda que estaba casado, tanto por amor á ésta cuanto por respeto á Clotilde. De ello resultó que el joven, obligado á engañar á un tiempo á su esposa y á su querida, consumía su existencia en ocultar á la una su amor y á la otra los deberes que su estado le imponía. Fernanda se daba por entero, en tanto que Mauricio no lo hacía sino á medias. Sin embargo, el joven no habría trocado la turbada dicha de que gozaba por todo lo del mundo. Sólo de tres meses á aquella parte se sentía vivir por entero en medio de su indecible ventura y de sus profundos pesares.

Pero nada hay duradero en la tierra; la tempestad se originó de las precauciones mismas que los dos amantes tomaran para evitarla. Fernanda no era mujer para desaparecer á la vista de las gentes sin que advirtieran su desaparición. Tenía, sí, derecho á aislarse arrepentida, mas no con un amante; de ahí que sus antiguos adoradores reclamaran como una propiedad su eclipsado sol. Arrepentida, podían haberla compadecido; pero dicha, sintieron envidia hacia aquel que la proporcionaba tal ventura. Así pues, cercáronla, espiáronla, atisbáronla de día y de noche; y es sabido que cuando á la voluntad se une el interés, no hay cosa que no se descubra. ¿En qué misterio, por impenetrable que sea, no desliza la envidia su escrutadora mirada? Ya puede estar bien tejido el velo, siempre se halla en él un agujero de alfiler por el cual puede mirarse sin ser visto; y por él miraron los envidiosos, y vieron como Mauricio entraba en casa de Fernanda para no salir de ella hasta cuatro horas después, siendo así que la joven á nadie recibía. Entonces ya no cupo duda de que Mauricio era el amante preferido, el amante exigente y celoso, pues nadie quiso admitir que el retiro de Fernanda fuese voluntario; más, nadie toleró aquella infracción de todas las leyes de la galantería. Las cosas en este terreno, una mañana la joven recibió un billete cuyo carácter de letra se conocía á la legua que estaba contrahecho; uno de esos billetes contra los cuales no hay venganza legal posible, aunque matan tan certeramente como el puñal y el veneno.

Era una carta anónima concebida en los siguientes términos:

«Una noble familia está sumergida en la desesperación desde que el barón Mauricio de Barthele la ama á usted. Demuestre V., señora, que su bondad corre parejas con su hermosura, restituyendo no solamente un hijo á su madre, sino también *un marido á su mujer.*»

Fernanda apenas acababa de levantarse después de una noche venturosa pasada en medio de dorados sueños, como los tenía desde que conocía á Mauricio.

La joven, que amaba desinteresadamente al barón, no había experimentado ni por asomo los remordimientos que, de cuando en cuando, roían el corazón de aquél. No, en Fernanda la dicha era completa, inmensa, infinita; así pues, el golpe fué terrible, fulminante el aviso. No habiendo ésta comprendido bien la primera vez, leyó de nuevo el billete, poniéndose más pálida á cada línea, y cuando hubo concluido cayó desmayada.

No obstante, su primer impulso fué la duda: ¿era posible que Mauricio le hubiese ocultado semejante secreto? ¿que cada vez que éste se despedía de ella, su querida, á quien decía amaba con todo el fuego de su alma, fuese para irse á casa de su mujer?

¿Así pues, Mauricio era un hombre como los demás? ¿podía cobijar dos amores en su corazón, y decir con los labios: «Te amo», mintiendo? ¡Imposible! Fernanda ideó mil medios para descubrir la realidad, pues para su organización vehemente y resuelta lo peor era la duda.

Entre las conocidas de Fernanda había una especie de literata, Scudery de pie chico, grajo vestido de pavo real; cuya mujer, gracias á la posición de su amante, encumbrado y poderoso personaje, conocía todo París. Despreciada por la sociedad, que sufría el influjo del marqués de ***, se encontraba, sin embargo, en situación superior á la de aquélla, pues el título de casada es tupido manto que vela muchas vergüenzas y oculta muchos bochornos. La señora de Aulnay (así se llamaba la aludida), que de vez en cuando publicaba una novela saturada de moral ó daba al teatro una comedia sosa

como ella sola, tenía, pues, marido; si bien es cierto que éste, reducido casi al estado de mito, permanecía invisible la mayor parte del tiempo, y cuando se le veía, estaba mudo como una estatua.

Fernanda resolvió escribir á semejante mujer, á cuyo efecto tomó pluma y papel, en el que trazó apresuradamente las siguientes líneas:

«Querida señora: Me han pedido la dirección de madama Mauricio de Barthele, y como la ignoro, acudo á usted, que todo lo sabe, para que se sirva decírmelo. No me refiero á la viuda, sino á la esposa del barón.

»El pintor que me pide el dato que de V. solicito, tiene el encargo de hacer el retrato de la baronesa, y si no me engaño, antes desea saber si ésta es joven y hermosa.

»Le da anticipadas gracias su afma.

»FERNANDA.»

Luego tiró del cordón de una campanilla y envió su criado á casa de la de Aulnay. Diez minutos después éste estaba de regreso trayendo un billete que apestaba á almizcle y en cuyo sello se leía una divisa latina.

Fernanda tomó con mano temblorosa la contestación de la señora de Aulnay, pues de ella pendía su vida ó su muerte, y durante algunos segundos la volvió y revolvió entre los dedos sin que se atreviese á abrirla, hasta que por último rompió el sello, y, como al través de una nube, leyó:

«Mi querida amiga: La señora baronesa Mauricio de Barthele vive en el palacio de su suegra, calle de Varennes, n.º 24.

»Aunque, como V. sabe, entré mujeres estas cosas no se confiesan fácilmente, le diré á V., para inter nos, que realmente es hermosa, y también que en los salones de la aristocracia no se habla sino de la pasión estúpida que ha inspirado á su marido, el gallardo Mauricio de Barthele, á quien ha debido V. encontrar en este ó en el otro sitio en tiempos pasados, ya que desde que casó apenas frecuenta la sociedad.

»Y á propósito, ¿qué es de V., querida amiga? hace siglos no la he visto.

»Sin embargo, ya sabe V. cuánto se la quiere en el número 11 de la calle de Provenza.

»ARMANDINA DE AULNAY.»

Esta carta no dejó duda alguna á Fernanda; Mauricio estaba realmente casado, su mujer era joven y hermosa, y el amor que por ésta sentía era proverbial en los salones de la aristocracia.

Acababan de dar las once, y á medio día, según su costumbre, iba á llegar Mauricio: ¡Mauricio! es decir, el marido de otra mujer.

Primeramente Fernanda rompió en sollozos; pero á medida que iba avanzando el minutero, sus lágrimas fueron secándose al fuego de la cólera, y le pareció que las últimas eran ascuas que le quemaban los párpados.

Cada vez que oía pasar un coche por la calle, creía que era el de Mauricio. Hubiérase dicho que las ruedas le pasaban por encima del corazón; y sin embargo, á cada nuevo ruido se sonreía, y murmuraba con voz apenas perceptible:

—Veremos qué va á decir, qué va á responder.

Por fin y en el instante en que sonaba mediodía, un coche se detuvo á la puerta, y á poco Fernanda oyó la campanilla, en cuyo vibrar conoció el modo de llamar de Mauricio; segundos después y á pesar de los tapices que cubrían el suelo, oyó rumor de pasos cada vez más cercanos, rumor en el que conoció el andar de su amante, y por último se abrió la puerta.

Mauricio entró con rostro tranquilo y alegre, como de costumbre, dichoso de ver nuevamente á Fernanda, de quien se separara la noche anterior y á quien cada mañana le parecía no haber visto desde hacía siglos.

La joven estaba en su salón, sentada, con la mirada fija y taciturna, pálida, inmóvil y con una carta estrujada en cada mano. Mauricio, que á causa de la semi oscuridad que envolvía el aposento, no viera la expresión terrible del rostro de su querida, se encaminó directamente á ésta para darle su acostumbrado beso en la

frente; pero Fernanda, pasando de improviso de la palidez mortal al rubor, se levantó y retrocedió un paso, diciendo con voz sorda y trémula:

—¡Caballero! ¡ha mentido V. como un villano!

Mauricio quedó petrificado y mudo por un instante, como herido por el rayo; pero pronto, asustado por el trastorno de las facciones de Fernanda, avanzó un paso hacia ésta, abriendo al mismo tiempo la boca para preguntarle qué tenía.

—¡Caballero! continuó la joven, ¡es V. un infame! A la vez está V. engañando á dos mujeres, á la señora de Barthele y á mí: V. está casado.

Mauricio lanzó un grito: sintió desgarrársele violentamente del corazón la dicha y huir de él para siempre más. Más trémulo y más desesperado que aquella cuya desesperación se revelaba en la actitud y en la palabra, dobló la cabeza y cayó en una silla, quebrantado, anonadado, como herido por una descarga eléctrica.

—Caballero, prosiguió Fernanda, el honor y el deber le llaman á su casa de V., y á mí los mismos sentimientos me vedan el continuar recibéndole. Salga V., caballero, salga V. A Dios gracias estoy en mi casa; ¡en mi casa! ¿comprende V. bien, caballero, cuánto valor encierran estas palabras?

Fernanda, demasiado conmovida por sus propias impresiones para apreciar debidamente el abatimiento de Mauricio, y engañándose respecto á un estado que en rigor podía confundirse con la indiferencia, al verle inmóvil creyó que estaba tranquilo; así es que, con acento de soberano desdén, añadió:

—Caballero, después de haber especulado V. con la credulidad de una pobre mujer, es fácil que intente oponerse á su voluntad y, abusando de la fuerza que le da el ser hombre, permanecer en casa de ella á pesar de sus órdenes. Si así es, á mí me corresponde abandonar el sitio.

Y encaminándose á su dormitorio, Fernanda se echó apresuradamente un chal sobre los hombros, se puso el primer sombrero que halló á la mano, y huyendo por la puerta de su tocador, encargó á su lacayo, que se encon-

traba en la antesala, que advirtiese al señor de Barthele que ella pasaría todo el día fuera de casa.

Fernanda, que salió á pie, al acaso, sin objeto determinado, ocultando bajo un velo su palidez y disimulando, en la rapidez de su andar, la turbación de su ánimo, se encontró pronto en la calle de Provenza, delante de la casa de la señora de Aulnay; y como no sabía adónde ir, entró en ella.

—¡Cómo! ¡Usted por aquí, prenda mía! exclamó la literata fingiendo una sonrisa; enhorabuena; veo que es usted sensible á los reproches. ¿Estaba V. enclaustrada, que no se la ha visto en todo el invierno? Pero ¿qué tiene usted? Está V. blanca como una sábana y tiene los ojos encendidos é hinchados. ¿Qué ha ocurrido, Dios mío? Ea, hable V.

Y mientras hablaba de esta suerte, la de Aulnay arrastraba á la joven hacia una especie de oratorio situado detrás de la alcoba.

—¿Qué tengo? ¡oh! tengo que soy la mujer más desventurada del mundo, exclamó Fernanda, dando suelta á su por largo tiempo reprimido llanto.

—¿Usted desventurada, cuando no tiene sino veinte años y posee este hechicero rostro al que ahora está desfigurando como una niña? ¡Es imposible! y estoy segura de que si V. me refiriese la causa de esa profunda pesadumbre...

—¡Ay! no me pregunte V. nada, porque no le responderé cosa alguna... Soy desgraciada, y aquí acaba todo.

—Ea, ya adivino, una pasión incontrastable. Pero ¿ha perdido V. el juicio? ¿quién le hace amar de esta suerte, querida mía? ¡Pobre Fernanda! ¡amar á su edad! Pero no sabe V. que cuando una mujer es hermosa como usted no debe amar? ¡Amar! ahí una locura buena á lo más para las mujeres feas, pues las pasiones socavan nuestras facultades morales y ajan nuestro fisico. ¡Oh! voy á componer una novela ó una comedia sobre el peligro de amar; y se lo advierto á V., la titularé *Fernanda*. Créame V., niña, no hay esmélico como la indiferencia; es la verdadera agua de *Ninón*. No conozco afeitó más

eficaz que la alegría. Deje V. que la amen cuanto quieran; pero V. guárdese de sentir, pues la sensación mata.

—Tiene V. razón, dijo Fernanda, que había oído, pero no comprendido del todo.

—¡Que si la tengo! yo lo creo. Ea, enjuguemos las perlas que se deslizan por esas hojas de rosa, continuó la literata acercando á los ojos de Fernanda el pañuelo que ésta dejara caer sobre sus rodillas y de sus rodillas cayera al suelo. Consuélese V. y recuerde aquel proverbio: «Cuando se pierde un amante, se encuentran diez». Respecto del particular á V. todo se le presenta llano, á Dios gracias. Ea, va V. á pasar el día de hoy conmigo, y yo la distraeré. ¿Quiere V.?

—Sí.

—Nos iremos á dar un paseo por el Bosque; el tiempo está magnífico, y estos primeros días de primavera son deliciosos cuanto templados. ¿Dice V. que el traje que lleva no está adecuado? ¿Y qué importa si está V. siempre hermosa? La compostura reza bien con nosotras, las viejas. Á los veinte años es un placer; á los treinta y cinco una necesidad.

Al atribuirse treinta y cinco años de edad, la de Aulnay se rebajaba diez.

Como la especie de fiebre de indignación que alimentaba el coraje de Fernanda, sólo dejaba llegar á oídos de ésta un zumbido confuso, y por otra parte la necesidad de nuevas impresiones reclamaba el movimiento físico y la variedad de los objetos externos, la joven aceptó una proposición que le prometía movimiento y el aspecto y el ambiente del campo; pero era menester aguardar la hora del paseo. Sin embargo, como la señora de Aulnay recibía muchas visitas, y de un momento al otro podía llegar un extraño, un desconocido, á la desesperada é impaciente Fernanda los minutos le parecían siglos.

En efecto, un criado anunció al conde de Montgiroux.

Fernanda, aun cuando ignoraba absolutamente las relaciones que existían entre el conde y Mauricio, se levantó en ademán de marcharse, pero la señora de Aulnay la detuvo, diciéndola:

—No se mueva V., amiguita; el señor de Montgiroux es un bellissimo sujeto.

Al mismo tiempo la literata hizo seña de que estaba visible, y á poco entró el par de Francia.

El conde de Montgiroux conocía de vista á Fernanda, sabía que era mujer de talento y estaba enamorado de su elegancia. Acercóse, pues, á la joven con la exquisita cortesía de los hombres del siglo pasado, cortesía que nosotros hemos sustituido por el apretón de manos inglés, como hemos sustituido el aroma del ámbar con el olor del cigarro.

La de Aulnay advirtió la impresión que Fernanda causara en el conde, y como éste era uno de los hombres á quien tenía empeño en contar entre sus devotos, y á quien acostumbraba á llenar de agasajos, le dijo:

—Sea V. bien llegado, mi querido conde; ¿se siente usted capaz de contentarse hoy con una mala comida?

Montgiroux hizo una señal afirmativa, mirando á la vez á Fernanda y á la literata y saludándolas una en pos de otra.

—¿Sí? repuso la señora de Aulnay; convenido; vendrá V. á interrumpir nuestra conversación, pues contábamos pasar el día á solas; ya he dicho á mi marido que lo mejor que podía hacer hoy era irse á comer con los académicos. ¿Sabe V. que tengo ganas de hacer de él un inmortal?

—Fácil le será á V. conseguirlo, á mi parecer, señora, repuso con galantería el par de Francia, sobre todo si están ustedes casados bajo el régimen comunal.

—¡Oh! ya sé que vale V. tanto oro como pesa; pues quedamos así ¿eh? Pero hablemos de nuestra comida; comamos con V. ¿no es así?

—Sí, señora, pues confío en que no incomodo, y aun confieso que su ofrecimiento me proporcionará una satisfacción inmensa.

—Tranquilícese V.; es cierto que mi amiga y yo tenemos que hablar; pero las dos nos vamos al Bosque, y durante una excursión de dos horas, dos mujeres se dicen mucho. Tendremos, pues, dos horas para hablar con entera libertad, y á las seis y media nos hallará de nuevo,

exentas de todas nuestras confidencias. ¿Se aviene V.?

—Con una condición: la de que me autorice V. para dar á sus criados mis órdenes para la comida.

—¿No está V. aquí en su casa? Obre V. á su antojo, mi querido conde.

Montgiroux se levantó y saludó á las dos mujeres, cada una de las cuales recibió, diez minutos después, un magnífico ramo de casa de la señora Barjón.

De buenas á primeras la proposición de la de Aulnay al conde había asustado á Fernanda; pero luego se preguntó qué se le daba de aquella, de éste y del mundo entero. ¿Acaso no sentía que en medio de la más animada y numerosa sociedad se quedaría sola en su corazón? Así pues resignóse, segura como estaba que de otra suerte iba á verse obligada á sostener un doloroso coloquio con su pensamiento.

Apenas el conde se hubo salido, cuando la literata, prosiguiendo el proyecto que germinara en su mente, dijo á Fernanda:

—Y bien, amiguita, ¿qué le parece á V.?

—¿Quién? preguntó la joven, como despertando de un sueño.

—¡Cómo quien! nuestro futuro convidado.

—No me he fijado en él.

—¡Qué dice V.! exclamó la de Aulnay; ¿usted no se ha fijado en él? Pues mire V., es sujeto de todas prendas; puede V. crearme. Primeramente, conserva todas las tradiciones de los buenos tiempos, y para nosotras las mujeres, sobre todo, aquellos tiempos valían más que los que corremos; luego no hay quien le gane en delicadeza. No sé cómo se las compone para hacer aceptar; pero la más recatada toma de su mano. Usted me dirá que no es un niño; está bien; pero á lo menos ese, cuando una se lo ha hecho suyo, no hay temor de que se escape, como sucede con esos mozalvetes, que siempre tienen mil excusas para legitimar su ausencia y ni siquiera se toman la molestia de buscar una para explicar sus infidelidades. Sin esposa ni heredero directo y par de Francia, siempre está en potencia de entrar en alguna combinación ministerial, con tal que las cosas se incli-

nen hacia los verdaderos intereses de la monarquía... Pero ¿en qué está V. pensando, prenda mía? Me deja que hable y no me escucha.

—Si la escucho á V., y con grande atención. ¿Decía usted? Dispénsese.

—Decía, continuó la señora de Aulnay sonriéndose, que el conde de Montgiroux es uno de esos hombres cuya casta va extinguiéndose de día en día, y esto desgraciadamente para nosotras las mujeres. Digo que sus modales asumen una majestad, que veremos desaparecer con su generación; que es uno de los contados grandes señores que quedan, y que si yo tuviese ahora veinte años, haría cuanto estuviese en mi mano para agradar á semejante hombre. Pero eso no reza con V., que agrada á todos sin poner nada de su parte.

—Señora, dijo Fernanda ensayando sonreírse, parece que hoy me colma V. de favores.

—Usted siempre duda de sí, monona mía, repuso la literata, y esto es una grande injusticia que comete V. contra V. misma, se lo juro. Apuesto á V. una cosa.

—¿Qué?

—Doble contra sencillo.

—Hable V.

—Que vamos á encontrar al conde antes de la hora de la comida.

—¿Por qué?

—Porque le ha impresionado V. profundamente; en una palabra, porque está enamorado de V.

Estas últimas palabras rompieron el ofuscamiento en que estaba el espíritu de Fernanda; la cual bajo la apariencia de tranquilidad de ánimo y de talante, ocultaba su turbación interna. La tempestad de sus celos le subía del corazón al cerebro. La resolución de no ver más á aquel que la engañara, la necesidad de un rompimiento y aun el deseo de la venganza, le zumbaban en los oídos, le inspiraba proyectos vagos y decisiones insensatas. En medio de semejante confusión, de improviso surgió una idea: Fernanda, guiándose por el dolor que experimentaba, sintió la flaqueza de su corazón. Si volvía á encontrar á Mauricio, y éste, desesperado, suplicante,

se arrojaba á sus pies, le perdonaría, y una vez le hubiese perdonado, ¿cómo se juzgaría ella á sus propios ojos?... Era menester, pues, hacer imposible toda reconciliación. Entonces la mujer que amara con toda la pureza de su corazón se acordó que de ella habían hecho una cortesana, una mujer amiga de cortejos, una meretriz, y en su sér todo se operó un cambio repentino, singular é imprevisto; estremeciése de pies á cabeza al par que la frente se le cubría de helado sudor; pero enjugóse la frente con el pañuelo con que secara sus lágrimas; se llevó la mano al corazón como para reprimir sus latidos, y cual si despertara de horrible pesadilla, respondió con sonrisa amarga y voz estridente:

—¿Qué me decía V. hace un instante, señora? No he oído bien.

—Le decía á V., amiga mía, repuso la de Aulnay, que ha ejercido V. su influjo acostumbrado, y que el conde se ha ido enamorado de V.

—¿Quién? ¿el caballero ese que acaba de salir de aquí? dijo Fernanda. ¡Bah! se equivoca V. de medio á medio; no se ha fijado en mí lo más mínimo.

—No, lo que debe V. decir es que V. no se ha fijado en él. El *caballero ese*, como V. le llama, es hombre de gusto, y yo respondo de que ha sabido apreciarla á la primera mirada. Mire V. que á mi perspicacia y á mi conocimiento del corazón humano no pasa por alto cosa alguna.

—¿Y dice V. que se llama?

—Pero mujer, si se lo he dicho ya á V. tres veces, sin contar que José le ha anunciado.

—No he oído.

—El conde de Montgiroux.

—¿El conde de Montgiroux? repitió Fernanda.

—Le conoce V. de nombre ¿no es eso?

—Perfectamente.

—¿Entonces ya sabe V. que es un caballero digno de toda consideración?

—Sé cuanto deseaba, respondió la joven en voz que indicaba la inutilidad de persistir sobre semejante asunto.

—El coche está dispuesto, señora, dijo el criado abriendo la puerta.

—¿Se viene V. conmigo, amiguita mía? preguntó la señora de Aulnay.

—Vamos, respondió Fernanda.

Las dos se subieron al coche.

Indudablemente el ruido y el movimiento produjeron en la literata la distracción habitual; pero Fernanda permaneció muda é insensible: miraba sin ver; su alma entera se reconcentraba en su dolor. Estaba sumergida en lo más íntimo de sus reflexiones, que su compañera tuvo la discreción de no interrumpir.

—¡Mire V.! dijo de improviso la de Aulnay asiendo el brazo á la joven.

—¿Qué hay? preguntó Fernanda estremeciéndose.

—Ya se lo he dicho á V.

—¿Qué?

—Que le encontraríamos.

—¿Á quién?

—Al conde de Montgiroux.

—¿Dónde está?

—El cupé que va á cruzarse con nuestra calesa es el suyo.

Efectivamente, un hermoso cupé de color azul oscuro, con filetes de plata, venía al trote de un soberbio tronco. Todo en él era juvenil, cochero, lacayos y caballos, todo, excepto la cabeza que apareció en la portezuela y dirigió un gracioso saludo á las dos mujeres y al que Fernanda correspondió con hechicera sonrisa.

El cupé, arrastrado por los caballos, desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

—Ea, dijo la de Aulnay á la joven, ¿le ha visto usted ahora?

—Sí.

—¿Y qué tal le halla V.?

—Que es de muy buen ver, y de porte distinguido, respondió Fernanda.

—Me temí, dijo la de Aulnay, que todavía esta vez la preocupación no la hubiese cegado á V. Como quiera que sea no será la última vez que le encontremos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1962 MONTERREY, MEXICO

En efecto, después de un cuarto de hora de paseo y en el instante en que el coche de las dos mujeres pasaba por una arenosa alameda, éstas vieron de nuevo el elegante cupé que se dirigía á su encuentro; únicamente que esta vez, en lugar de pasar rápidamente, lo hizo poco á poco.

La señora de Aulnay cruzó algunas palabras con el conde de Montgiroux, quien sondeando con la mirada el interior del cupé, pudo ver á Fernanda y en la mano de ésta uno de los ramos que él enviara.

A este espectáculo, el rostro del conde se puso risueño, y cuando se despidió de las dos mujeres, gritó con voz de triunfo al cochero:

—A casa.

—Se va arrobado, dijo la compañera de Fernanda.

—¿De qué? preguntó ésta.

—Ha visto su ramo en las manos de V.

—¿Usted cree que lo ha notado?

—¡Ah coquetuela! bien lo ha visto V. también. Ahora sólo depende de V. que entre los pares de Francia haya una vacante dentro de poco.

—No entiendo.

—Muéstrese V. rigurosa con el conde, y le doy palabra de que no se pasan ocho días sin que éste se levante la tapa de los sesos.

—¡Está V. loca!

—Ni por asomo. El conde no la ama á V., la adora. Ea, no se muestre V. desdenosa, que el ser adorada sabe á mieles.

—¡Ah! dijo Fernanda dando un suspiro.

Luego, recobrando prontamente la fingida alegría que desde hacía un instante llamara en su auxilio, continuó:

—Pero... ¿no comemos hoy con el conde?

—Sí, y éste se ha ido ahora á cambiar de traje.

—Precisamente es lo que estaba yo pensando. ¿No sería bueno que me dejase V. en la mía para que yo hiciese lo mismo?

—¡Bah! está V. hechicera en su trapillo. Si quiere usted creerme, no altere para nada este seductivo des-

orden, pues parecería que se ha engalanado para él. Si el señor de Montgiroux fuese un joven de veinticinco años, enhorabuena; pero no hay que mal acostumbrar á los viejos, ya que son los únicos amables.

—Como V. quiera, dijo Fernanda, que en lo íntimo de su corazón se estremecía de volver á su casa, temerosa de encontrar en ella á Mauricio.

Si bien el paseo duró todavía espacio de una hora, la conversación terminó ahí, ó si se animó otra vez algún tanto, el conde había cesado de ser objeto de ella.

De regreso á su casa, la literata halló la mesa puesta, y en el aspecto que ésta ofrecía conoció que Montgiroux había hecho uso del permiso que solicitara.

A las seis en punto anunciaron al par de Francia, quien al entrar saludó á la dueña de la casa.

—Señora, dijo, no me moteje V. de provinciano si me presento á las seis; pero el deseo de ver á V. me ha decidido á venir á esta hora.

Luego el conde se sentó con la más pulcra familiaridad y empezó á hablar con exquisita finura de todo cuanto se habla á las mujeres, esto es, de la nueva representación en la Ópera, de la próxima salida de la compañía del Teatro Italiano para Londres y de proyectos de excursiones campestres. Al mismo tiempo preguntó á sus dos interlocutoras qué pensaban hacer, pues él nada había decidido todavía, y declaró que si la Cámara le daba licencia para una temporada, estaba dispuesto á secundar el primer capricho que se las ocurriera.

Montgiroux, al pronunciar estas palabras fijó los ojos en Fernanda, como diciéndola: «Haga V. una seña y ésta será para mí una orden; manifieste V. un deseo, y lo verá V. satisfecho».

Fernanda respondió, como el conde, que todavía ignoraba lo que iba á hacer, pero que habiendo pasado el invierno muy retirada, contaba tomar el desquite á la llegada de la primavera.

La de Aulnay pretextó no poder moverse de París á causa de tener que poner en escena una comedia.

Sentáronse á la mesa. Montgiroux, colocado entre las

dos mujeres, estuvo tan atento con la una como con la otra, sin incurrir ni por asomo en el ridículo. Su galantería asumía más bien el carácter de la suave benevolencia de un anciano, de la civilidad de un hombre distinguido, que no el de aquélla en la acepción que se da á la palabra.

Fernanda, de delicadeza y tacto tan exquisitos, no pudo menos de confesarse á sí misma que el señor de Montgiroux era digno de los elogios que la literata le tributara; y aunque su sonrisa fué profundamente triste, por dos ó tres veces lo hizo expansivamente.

En comiendo, los tres se levantaron de la mesa y pasaron al salón para tomar café; mas en el instante mismo en que el criado dejaba las tazas sobre el velador, anunciaron á la de Aulnay que el director del teatro donde debía representarse su comedia tenía que decirle algunas palabras de suma importancia.

—Mi querido conde, dijo la señora de Aulnay, usted ya sabe que el emperador de Rusia, el Gran Turco y los directores de teatro son los únicos monarcas absolutos que quedan en Europa; por lo tanto se les debe alguna consideración: con su permiso pues, me retiro por un instante para recibir á mi autócrata; á bien que no puede usted quejarse, pues le dejo en buena compañía.

Dijo la literata, se levantó, dió un beso en la frente de Fernanda, hizo una reverencia al conde, y desapareció tras la cortina que cubría la puerta del salón.

Fernanda sintió que se le oprimía el pecho. ¿Aquella entrevista habíanla preparado de antemano la de Aulnay y el conde? ¿Verdaderamente la trataban con tan poco respeto?

Mas antes de que la literata hubiese traspuesto la puerta, la joven se rehizo, y como respondiendo á su propio pensamiento, dijo entre sí:

—Y en resumidas cuentas, ¿qué soy? Una cortesana. Ea, afuera hipócrésia, y no aparentemos sonrojarnos de nuestra posición.

Entonces Fernanda levantó la cabeza, que por un instante tuviera inclinada sobre el pecho, y obligó á sus ojos á que se fijaran en el conde.

—Señora, dijo éste, alentado por el modo como, desde la mañana, la joven se condujera para con él, y acercando su silla de brazos al canapé en que ella se había medio recostado; señora, no la había visto á V. nunca, pero sí oído hablar de V. con grande elogio. El concepto que de V. me formara, era muy elevado, pero lo ha sobrepujado V. con su indecible hechizo y su exquisita delicadeza; yo esperaba ver brillar la hermosura con todo el esplendor que de ordinario la rodea, y hallo tanta modestia y tanta suavidad en su mirada y en su lenguaje, que en lo presente apenas si me atrevo á decir á usted lo que por otra parte sabe V. de sobra, esto es, que es imposible verla á V. y no amarla.

—Lo que tiene V. que decir, caballero, contestó Fernanda sonriendo con profunda tristeza, es que V. sabe perfectamente que yo soy una de esas mujeres á quienes se les puede hablar como se quiera.

—No, señora, repuso el conde. Tal vez haya yo venido aquí sustentando esta idea; pero la he visto á V., no cual la han hecho las impertinentes hablurías de nuestros mózalvetes á la moda, sino tal cual es V. realmente. Y ahora temo y vacilo al ensayar darla á comprender que verdaderamente sería demasiado venturoso si V. me permitiese consagrarle alguno de los instantes que me dejan libres mis deberes de hombre de Estado.

Fernanda recibió con suave y melancólica sonrisa esta declaración prevista. ¡Ah! menester hubiera sido conocer la causa que conmovía el alma de la joven para comprender cuánta amargura encerraba su sonrisa; pero Montgiroux no estaba en situación ni en edad para asustarse ante aquella restricción muda y por otra parte casi imperceptible; descaba con demasiado afán para atreverse á profundizar.

Entonces, sin avanzar más en la manifestación directa de sus sentimientos, acometió con el tacto exquisito y el arte maravilloso que la gente encumbrada emplea para decir las cosas más arduas, expuso las condiciones del pacto en términos tan delicados, que en rigor uno pudiera haberse equivocado respecto de la causa de aquella vergonzosa proposición, del objeto de aquel tráfico infame.

me. Efectivamente, quien quiera no les hubiese conocido, al ver á aquel anciano y á aquella joven y oír la conversación que sostenían, pudiera haber sospechado que estaba inspirada por el afecto más santo y respetable, que aquellos eran padre é hija, ó que él era un marido que, sabiendo le era menester compensar los años con la bondad, buscaba agradar á su mujer. Montgiroux habló de la dicha de poseer una gran fortuna, con el tono del hombre á quien se presta un favor ayudándole á gastarla, y exaltó la generosidad de la amiga que hiciese uso de sus riquezas disipándolas.

—La partición, dijo el conde, no es á menudo sino un acto de justicia, la restitución de una deuda. ¿Dos hermosos tordillos no están más adecuadamente destinados á arrastrar gallardamente á una mujer elegante, que no á un grave par de Francia que no puede decentemente aplastar á nadie? ¿Un palco de primera clase en la Ópera no está más naturalmente dispuesto para dar brillo á un rostro joven y freseo, que no para encuadrar el mazorraal semblante de un hombre de Estado? A éste le basta un rincón en lo más oscuro, y eso todavía si tienen á bien concedérselo. ¿Qué mejor puedo hacer, prosiguió, célibe como estoy y sin hijos, que rodear á los demás con mi afecto y mis obsequios? A mí me gusta recorrer las tiendas; esto me distrae y aun me halaga, pues los tenderos hallan que no me falta gusto. Como no quiero vivir sujeto á las trabas de la rutina ni á las costumbres añejas, no veo la necesidad de comprar mucho para estar al corriente de la moda. Por otra parte, un hombre de mi categoría debe gastar para proteger el comercio; es un ardid gubernamental. Esto me proporciona partidarios y me da popularidad. Luego yo poseo una cualidad: pago religiosamente todas las cuentas que me presentan, sobre todo cuando no son personales. Además, ¿querría V. creer que mi intendente no me permite la satisfacción de ocuparme en mi casa? Todo en ella ocupa su sitio; de modo que me veo obligado á buscar fuera de ella el placer de mariquear un poco.

A las primeras palabras del conde, Fernanda había sentido sublevado su orgullo; pero pronto halló un triste

placer en humillarse á sí misma escuchando y aplicándose aquel discurso indirecto.

—¿Qué soy? decía entre sí la joven. Una cortesana y nada más; una querida á quien toman para distraerse de su mujer. ¿Con qué derecho, pues, me incomodaría yo porque me hablen de esta suerte? Por muy satisfecha debo darme todavía de que adopten semejantes formas, que recurran á tales miramientos. ¡Eal valor.

Y durante todo el discurso de Montgiroux, Fernanda conservó en sus labios una sonrisa deliciosa.

—En verdad, señor conde, dijo la joven, una vez aquél hubo concluido, es V. un hombre inapreciable.

Y tendió una mano al de Montgiroux, que éste cubrió de besos.

En esto entró la señora de Aulnay.

Cinco minutos después, el conde tuvo el buen gusto de tomar su sombrero y retirarse.

En cuanto á Fernanda, al entrar de regreso en su casa, encontró al lacayo de Montgiroux que la estaba aguardando con un billete en la mano.

Fernanda tomó la misiva, cruzó rápidamente el salón y entró en el dormitorio granate y naranja, en el dormitorio de la cama de palo de rosa, no en la celda virginal que, abierta tan solamente para Mauricio y cerrada tras él, debía no abrirse nunca más para hombre alguno.

En el dormitorio expresado, pues, Fernanda abrió el billete, y vió que decía:

«¿Quien ha tenido la suerte de verla á V. y muere por verla de nuevo, á qué hora, sin pecar de indiscreto, puede presentarse en su casa?

»EL CONDE DE MONTGIROUX.»

Fernanda tomó una pluma, y contestó:

«Todas las mañanas hasta medio día; todas las tardes hasta las tres si llueve; todas las veladas cuando se me galantea; todas las noches cuando amo.

»FERNANDA.»

Aspasia no hubiera contestado otra cosa á Alcibiades ó á Sócrates.

¡Pobre Fernanda! menester es que hubiese sufrido mucho para escribir tan delicioso billete.

IX

Desde el día siguiente la vida pública y privada de Fernanda sufrió un cambio radical. Ruido, movimiento, conciertos, espectáculos, nada bastaba ya á la necesidad que de distraerse sentía la joven; quiso que de nuevo la adoraran; convirtiéndose otra vez en el alma de esa vida frívola á que en París se apellida vida elegante, y sus salones volvieron á ser el sitio de reunión de los pisa-verdes más famosos, una sucursal del *Jockey-Club*. Abandonó lectura, pinceles y estudios, y entregóse á un movimiento incesante, á la fatiga física para dar un poco de reposo al alma. La vida de cortesana, olvidada por un instante, subió otra vez del fondo á la superficie, y el recuerdo de Mauricio fué relegado á los más profundos y secretos abismos de su corazón, de su corazón, que durante el invierno rindiera á éste el culto del amor más puro.

El conde de Montgiroux, cuya presencia había introducido en casa de Fernanda todo este cambio, cada día estaba más enamorado de su querida, pero también más celoso. Fernanda, al recibir en su casa al conde, había calculado lo que hacía, pues se reservara el goce completo de su libertad. Más afortunada que no lo son las mujeres casadas, que no pueden amar á otro hombre sin hacer traición al marido, Fernanda no había engañado nunca á un amante; pero sí exigía siempre una independencia absoluta; no cabía sino renunciar á ella ó fiar en su palabra. Quería ser libre de admitir en su casa á quien se le antojase, pasearse en su coche con quien más bien le pareciese y hacer los honores de su morada al que le pasase por la cabeza. Esta condición tácita im-

puesta en el trato que estipulara con el de Montgiroux, sacaba de quicio al pobre par de Francia; el cual, dominado de una parte por los temores que en parecidos casos le inspiraban sus antiguas relaciones con la señora de Barthele, y retenido por otra por el qué dirán, no podía seguir á Fernanda en todos sus placeres. Esto, unido á las comparaciones que establecía entre los veintidós años de la joven y los sesenta inviernos que estaba agradecida á las atenciones de que le rodeaba el conde, y, sintiendo como sentía ella rabiosos celos, se compadecía de los que éste experimentaba. Resultaba de ello que mientras Montgiroux se encontraba al lado de Fernanda y tenía la mano de ésta en la suya, estaba tranquilo y se sentía casi dichoso; pero tan buen punto se separaba de su querida, apoderábase otra vez de él, más vivo y penetrante, el infierno de los celos, acosado por la idea de que la dejaba rodeada de jóvenes para quienes debía sentir todas las simpatías de la edad. Con todo si, de haber estado dotado de la facultad de leer hasta el fondo del alma, alguien hubiese podido comparar la situación del conde con el estado de la mujer que inconscientemente era causa de ella, indudablemente hubiera envidiado al primero.

Realmente Fernanda, como ya hemos dicho, no se había librado á la vida de disipación y de escándalo sino para huir de sí misma. Mientras volaba arrastrada por dos fogosos corceles; en tanto se abandonaba á la embriaguez que en ella producía la voz de Duprez ó de Rubini; mientras se sonreía deliciosamente cual la señorita Mars en la Comedia antigua, ó lloraba con el drama moderno; en tanto se veía adulada, galanteada, ya como reina de sus salones, ora como el alma de una alegre comida, bien ó mal lograba su propósito; pero cuando